REFORMA

Fecha	Sección	Página
26.01.2009	Ciudad	1

GACETA DEL ÁNGEL

GERMÁN DEHESA

Un no sé qué...

¿Desde cuándo, a ver, desde cuándo les vengo pidiendo que lean a San Juan de la Cruz?. Tengo para mí la sospecha de que muy pocos o nadie me han pelado. Y hacen mal. Con crisis o sin crisis, el rendimiento en belleza, en emoción, en cercanía de lo inefable es altísimo. Déjense de leer babosadas de "Autoayuda" y concédanle un espacio a San Juan de la Cruz quien, por cierto, vivió una vida muy similar a la mía con una mujer que permanentemente lo cuchileaba, lo empinaba a hacer cosas que terminaban en la prisión y que, de hecho, lo trajo toda la vida de la ceca a la meca y puntos intermedios; pero como ella era Santa Teresa de Ávila, pues ni modo de alegarle al ampáyer. Es muy agradecible y plausible que con esta vida, San Juan nos haya allegado además la poesía más hermosa, más transparente y más iluminada de toda la lengua española.

He aquí lo que sucede: el alma ha salido en busca de Dios. Al hacerlo visita los paisajes (casi tapices de Flandes) más floridos e inasibles que imaginarse pudiera. No hay lugar o criatura que visite el alma en donde ésta no encuentre cifrado un secreto mensaje de Dios. La jornada es muy larga y Dios siempre queda un poco más allá. Dice San Juan: "Y todos cuantos vagan/ de ti me van mil gracias refiriendo/ y todos más me llagan/ y déjanme muriendo/ un no sé qué que quedan balbuciendo". El lector atento habrá de percibir ese tartamudeo que se forma con la triple reiteración del sonido "que": un no sé qué que quedan balbuciendo. Imagínense a las criaturas rindiendo cuentas y pretendiendo describir la experiencia de haber visto a Dios; no les queda más que balbucir; a San Juan de la Cruz le queda el luminoso gobierno de las letras y los silencios.

No se confundan, amigos, este artículo no trata de San Juan de la Cruz; trata exclusivamente de ese verso que acabo de citar "Un no sé qué que quedan balbuciendo". Desde que regresé de mi expedición californiana, este verso se ha incorporado a mi vida. Me explico: el pasado viernes a una hora de la que no quiero acordarme, yo tenía que estar en la Feria de Ciencias de la escuela del Bucles que, como ya he contado, queda en un distante señorío que ya no era azteca propiamente, sino tembloroso aliado. Despertar a esa hora con insomnio previo es una egiptana maldición y técnicamente yo tendría que estar perfectamente malhumorado y maldiciendo las ferias científicas y la luminiscencia en el cosmos que era el tema que el Bucles y otros dos pichones de científico tenían que desarrollar. Lo curioso es que yo estaba plácido y de franco buen humor. Ni el frío, ni el tránsito lograron aminorar esto y no lo lograron porque en mi alma sentía yo un no sé qué que quedaba balbuciendo. Con el dentista que estuvo a punto de dinamitarme la boca me ocurrió lo mismo: lo tomé con calma y de hecho salí bromeando con mis verdugos. Yo todo esto lo atribuyo al extraño hecho de que, de un tiempo para acá, al final de todas mis tareas se me queda en el alma un no sé qué que queda balbuciendo. No sé cómo definir este no sé qué, pero es algo así como una alegría secreta, inalienable e intensa; es un gusto por la vida aunque a veces venga atravesada, es la dicha de vivir y la urgencia de defenderme de tanto llorón y cascarrabias que pulula en mis cercanías. Cuando uno pronuncia las mágicas palabras: "estoy encantado de la vida", ese indefinible encantamiento es precisamente lo que queda balbuciendo, es como el aliento de Dios, es como la mano de mi padre, o la caricia de mi madre que sacramentalmente descendía sobre mi frente como flor que se caía para desearme las buenas noches. Estoy francamente contento.

¿QUÉ TAL DURMIÓ?
MCDLXXII (1472)

MONTIEL: De que la pagas, la pagas.

Cualquier correspondencia con esta columna que balbucea, favor de dirigirla a german@plazadelangel.com.mx (D.R)

CIUDAD

'Limpian' rostro de La Merced

Sufre ataque epiléptico y cae a vías del Metro

Página 1 de 1
$ 20761.05
Tam: 216 cm2
ECAMPOS